

vierto me parece que os tengo contra mi corazón. (Aquí se encuentra la señal de otra lágrima).—Tu CAMILO.»

Una hora despues, el preso volvió á tomar la pluma.

«El cielo ha tenido compasion de mi inocencia; me ha enviado un ángel, y os he visto á todos en sueños. Enviame un rizo tuyo y tu retrato. ¡Oh! No dejes de enviármelo, porque únicamente pienso en tí, y nunca en el motivo que me ha traído á este sitio, y que yo no puedo adivinar.»

Entre tanto, el comité, vencedor en la Convencion por medio de Robespierre y de Saint-Just, se aturdió de la popularidad alarmante que seguia á Danton hasta la cárcel. Quería sorprender al pueblo con la magnitud de la victoria y con la prontitud del golpe. Por la noche trasladaron los acusados á la Conserjería. Danton, al entrar en aquel pórtico del cadalso, sintió debilitarse algun tanto la indiferencia por su suerte de que habia hecho gala desde que le prendieron. Sus facciones se pusieron tan sombrías como aquella mansion, y por una casualidad ó por una burla de la suerte, pusieron á los dantonistas en los mismos calabozos que tuvieron los girondinos. Esto, á la vez, fué una venganza y una profecía. Danton vió en esto el dedo de una justicia divina que sus desgracias empezaban á hacerle conocer. «En tal dia como hoy,—exclamó,—hice instituir el tribunal revolucionario. Yo pido perdon de ello á Dios y á los hombres. Mi objeto era prevenir otro nuevo Setiembre, y no desencadenar esta plaga sobre la humanidad.»

VIII

Dieron principio los debates. Todos los jurados, escogidos por Fouquier-Tinville y presididos por Hermann, eran conocidos de los acusados. Fouquier-Tinville era pariente de Camilo Desmoulins, y debia al crédito de éste su empleo de acusador público. Pero el ojo del comité vigilaba á todos aquellos hombres y dominaba hasta en sus conciencias. No se les exigia que obrasen con justicia, sino que sentenciasen á muerte.

Sin embargo, el pueblo, que adoraba aún á Danton, se agrupaba á las puertas de la audiencia. La multitud llegaba hasta los pretiles de las inmediaciones para asistir al triunfo del gran patriota. Danton compareció en el tribunal con una dignidad un poco teatral y como despreciando á sus jueces: El presidente le preguntó su nombre, edad y domicilio. «Yo soy Danton,—le respondió éste,—bastante conocido en la revolucion, y tengo treinta y cinco años. Mi morada será bien pronto la nada, y mi nombre vivirá en el panteon de la historia.» «Y yo—dijo Camilo Desmoulins—tengo treinta y tres años, edad fatal para los revolucionarios; la misma que tenia el *sans-culotte* Jesus cuando murió.»

Habiendo hecho Fouquier que se sentasen en los mismos bancos Chabot, Fabre d'Eglantine y los intrigantes sus cómplices, Danton y sus amigos se levantaron y se apartaron de ellos, indignados de que se les confundiese en la misma causa con unos hombres notados de infamia. Dióse principio á la acusacion por éstos. Fabre d'Eglantine se defendió con la habilidad de un hombre consumado en el arte de la palabra. El testimonio de Cambon, hombre de conocida probidad, no dejó ninguna duda sobre el hecho que se les imputaba á los acusados de haber falsificado un decreto sobre hacienda. El jóven y desgraciado Bazire no tenia otro delito que

su amistad con Chabot y el silencio que guardaba para no perder á su amigo. Confidente involuntario, Bazire murió por no haber consentido en hacerse delator.

Herauld de Secheltes fué interrogado ántes que Danton, y respondió como hombre que desprecia la vida tanto como la acusacion, y que apela al juicio del porvenir. Hermann llamó en seguida á Danton. Le echó en cara sus relaciones con Dumouriez y sus ocultas complicidades para establecer la monarquía, corrompiendo al ejército y trayéndolo contra Paris. El acusado se levantó con fingida indignacion. «Los cobardes que me calumnian,—respondió dando á su voz una fuerza que llamó la atencion hasta en el comité de salud pública,—¿se atreverán á atacarme de frente? ¡Que se muestren, y bien pronto les cubriré de la ignominia que les caracteriza! Por lo demas,—prosiguió con un desórden y una precipitacion en las palabras que manifestaban la fermentacion de sus ideas,—ya lo he dicho y lo repito, mi domicilio será bien pronto la nada, y mi nombre estará en el Panteon. Mi cabeza está aquí: ella responde de todo... La vida me pesa, y estoy impaciente por libertarme de ella... Los hombres de mi temple no tienen precio... Sobre su frente está impreso en caracteres indelebles el sello de la libertad, el genio republicano... ¡Y es á mí á quien se acusa de haberme arrastrado á los piés de la corte, de haber conspirado con Mirabeau y con Dumouriez! Saint-Just, ¡tú responderás de las calumnias lanzadas contra el mejor amigo del pueblo! Al leer esta lista de horrores, siento estremecerse toda mi existencia.» Estas frases, evidentemente preparadas de antemano y halladas en retazos sueltos en una memoria y en una conciencia intranquilas, revelaban más orgullo que inocencia. El presidente advirtió al acusado que Marat, al hallarse en el mismo caso que él, se habia defendido de otra manera, refutando con pruebas friamente discutidas la acusacion.

«Y bien,—replicó Danton,—voy á descender á mi justificacion.» Pero separándose inmediatamente con nuevas explosiones de ira de una defensa razonada, exclamó: «¡Yo vendido á Mirabeau, á Orleans y á Dumouriez!... Todo el mundo sabe que he combatido á Mirabeau, y que he defendido á Marat. ¿No me he presentado el primero cuando se nos quiso arrebatat el tirano para llevarle á Saint-Cloud? ¿No hice fijar en los Franciscanos un escrito haciendo ver que era preciso comprometerse?... Estoy en mi cabal juicio cuando provooco á mis acusadores, cuando pido que se me deje medirme con ellos. ¡Que se me presenten, y yo los sumergiré en la nada, de donde no debian haber salido nunca! ¡Viles impostores, salid, y os arrancaré la máscara que os oculta á la vindicta pública!...» El presidente volvió á recordarle otra vez la decencia y la moderacion que debe guardar el acusado. «Un reo como yo,—replicó Danton,—que conoce las palabras y las cosas, responde ante el jurado, pero no le habla nunca. Se me acusa de haberme retirado á Arcis-sur-Aube. Respondo á esto que ya he declarado en aquella época que el pueblo frances venceria, ó yo dejaria de existir. Necesito, añadí tambien entónces, ó los laureles ó la muerte. ¿En dónde están los hombres que han comunicado á Danton su energía? Hace dos dias que el tribunal conoce á Danton. ¡Mañana espero dormir en el seno de la gloria!... Petion,—repuso en seguida como un hombre que se extravía y que vuelve hácia atras,—Petion, al salir de la municipalidad, fué á los Franciscanos, y nos dijo que el toque de rebato debia darse á medianoche, y que por la mañana habia de abrirse el sepulcro de la tiranía. Confieso que se depositaron en mis manos cuando era ministro cincuenta millo-

nes. Ofrezco dar de ellos una cuenta fiel y exacta. Este dinero sirvió para dar impulso á la revolucion. Es verdad que Dumouriez trató de atraerme á su partido, y que quiso lisonjear mi ambicion proponiéndome el ministerio; pero tambien lo es que yo le declaré que no queria ocupar semejante puesto sino al estampido del cañon. Tambien se me habla de Westermann, pero nunca he tenido nada de comun con él. Sé que en la jornada del 10 de Agosto, Westermann salió de las Tullerías manchado con la sangre de los realistas; y yo dije que con diez y siete mil hombres tales como yo hubiese determinado, hubiera podido salvarse la patria...»

Las palabras de Danton chocaban tan confusamente unas con otras en sus labios, que parecían ahogarle bajo su peso y bajo la incoherencia de sus ideas. Faltábale la verdadera elocuencia del acusado, que es la sangre fria de la verdad y el acento de la conciencia. Quería suplirla con un continuo movimiento y metiendo mucho ruido. Elevóse alguna vez hasta la fiebre del delirio, nunca hasta la verdadera indignacion. Los movimientos convulsivos de su rostro, la sequedad de su palabra, su accion teatral, la espuma que cubria sus labios, y el aire que faltaba á sus pulmones, atestiguaban la impotencia en que estaba de hablar por mucho tiempo. Espantados los jueces, ó enternecidos, manifestaron interesarse por él, y le dijeron que tenia necesidad de descansar. Danton se calló de repente al oír esto.

Se pasó al interrogatorio de Camilo Desmoulins, acusado de haber criticado la justicia del pueblo comparándola á los crímenes de los tiranos. «Yo no he podido—dijo—defenderme de mis enemigos sino con un arma bien afilada, y he probado más de una vez la adhesión de toda mi vida á la revolucion.»

Interrogado Lacroix sobre su comision en Bélgica, y sobre la desaparicion de un carro que contenia valor de unas cuatrocientas mil libras en objetos preciosos, contestó: «Danton y yo compramos con ese dinero ropa blanca para el uso de los representantes del pueblo. Ademas, teníamos un carro cargado de plata que nos fué robado en una aldea». Despues reclamó para sí la parte principal en la jornada del 31 de Mayo.

Philippeaux demostró su inocencia con la energía y con la dignidad de un hombre puro. «Os es permitido—dijo—hacerme perecer, pero os prohibo que me insulteis.» Westermann respondió como un soldado que no disputa su vida, pero que quiere preservar su honor.

IX

Al dia siguiente continuaron los debates. Camilo Desmoulins escribió el dia ántes la última carta á su esposa. Esta fué el testamento de su corazon, que se daba al amor ántes de extinguirse bajo la mano del verdugo. Hé aquí la carta:

«Duodi Germinal á las cinco de la mañana.

«Un sueño reparador ha suspendido por un momento mis males. Cuando uno duerme es libre: el hombre no sabe entónces que se halla preso. El cielo ha tenido piedad de mí. Hace un instante que yo te veía en sueños, y os abrazaba á tu madre, á Horacio, á todos. De repente he notado que me hallaba en mi calabozo. Empezaba á amanecer. No pudiendo verte ni oír tus respuestas, porque tú y tu madre me hablábais, me he levantado al ménos para hablarte y escribirte;

pero al abrir las ventanas, la idea de mi soledad, las horrorosas rejas, los cerrojos que me separan de tí, han vencido toda la firmeza de mi alma. Me he deshecho en lágrimas, ó por mejor decir, he gemido, exclamando desde mi sepulcro: ¡Lucila! ¡Lucila! ¡Amada Lucila! ¿Dónde estás?... (Aquí se conoce la señal de una lágrima).

»Ayer tarde he tenido un momento semejante á éste, y mi corazon se ha par-



Los dantonistas ántes de su ejecucion.—Pág. 353.

tido de dolor cuando he visto á tu madre en el jardin. Un movimiento maquinal me hizo arrodillarme junto á la reja, y he juntado las manos como implorando su piedad. Estoy seguro de que ella ha llorado tambien en tu seno. He conocido ayer su dolor al verle llevar su pañuelo á los ojos y echarse el velo por no poder resistir aquel espectáculo. Cuando vengais, que se siente contigo un poco más cerca, á fin de que os pueda ver mejor; no creo que haya peligro; pero sobre todo te suplico por nuestro eterno amor que me envíes tu retrato: que el pintor tenga compasion de mí, que no sufro sino por haber tenido demasiada compasion de los otros; que vaya dos veces al dia á trabajar en tu retrato. En el horror de mi prision será para mí una fiesta, un dia de delirio y de enajenamiento cuando yo le

reciba. Entre tanto, envíame un rizo tuyo para ponerle sobre mi corazón. Amada Lucila mía, he vuelto al tiempo de nuestros primeros amores, en que cualquiera me interesaba sólo por salir de tu casa. Ayer, cuando el ciudadano que te ha llevado mi carta ha estado de vuelta, le dije: «¡Y bien! ¿La habeis visto?» Y me quedé absorto mirándole, como si en su traje ó en su persona hubiese quedado alguna cosa de tu presencia, alguna cosa de tí. Es un alma caritativa, pues que te ha entregado mi carta sin tardanza. Yo le veré, según parece, dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Este mensajero de mis dolores es tan amado de mí como lo fué en otro tiempo el de mis placeres.

»He descubierto una rendija en mi aposento, he aplicado el oído, y he oído quejarse; he aventurado algunas palabras, y he percibido la voz de un enfermo que se quejaba; me ha preguntado mi nombre y se lo he dicho. «¡Oh Dios mío!» — ha exclamado al oírle, dejándose caer sobre su cama, en donde se había incorporado. He reconocido distintamente la voz de Fabre d'Eglantine. «Sí, yo soy,— me ha dicho;—pero ¿tú aquí? ¿Con que se ha verificado la contrarrevolucion?»

»Sin embargo, no nos atrevimos á hablar, temerosos de que el odio nos quitase este débil consuelo, y de que si nos oían nos separasen y encerrasen con más rigor, porque él tiene un cuarto con chimenea, y el mío es tan hermoso como puede serlo un calabozo. Tú no puedes imaginarte lo que es estar incomunicado sin saber por qué, sin haber sido interrogado y sin recibir un periódico. Es vivir y estar muerto á la vez. Es existir sólo para conocer que se está en un sepulcro. ¡Y es Robespierre el que ha firmado la orden de mi encarcelamiento! ¡Y es la república la que me tiene aquí, después de todo lo que he hecho por ella! ¡Es éste el premio que recibo por tantas virtudes y tantos sacrificios! ¡Yo que me he sacrificado hace cinco años á tantos odios y á tantos peligros por la república! ¡Yo que he conservado mi pobreza en medio de la revolución! ¡Yo que no tengo que pedir perdón sino á tí sola en el mundo, y á quien tú se lo has concedido porque sabes que mi corazón, á pesar de sus debilidades, no es indigno de tí! ¡Yo á quien unos hombres que se llaman mis amigos, que se titulan republicanos, sumen en un calabozo como si fuese un conspirador! Sócrates bebió la cicuta, pero al menos veía en su prisión á sus amigos y á su mujer.

»¡Qué duro es el estar separado de tí! El criminal mayor sería demasiado castigado si le arrancasen de los brazos de una Lucila, á no ser por la muerte, que al menos no dura sino un momento. Aquel dolor no puede compararse con el de esta separación. Me llaman...

»En este momento, los comisionados del tribunal revolucionario han venido para interrogarme... No se me ha hecho más que esta pregunta: que si yo había conspirado contra la república. ¡Qué irrisión! ¿Y es posible que se insulte de este modo el republicanism más puro? Veo la suerte que me espera. Adios, Lucila; dí adios á mi padre. Mis últimos momentos no te deshonrarán. Muero á los treinta y cuatro años. Veo que el poder embriaga á casi todos los hombres, que todos dicen como Dionisio de Siracusa: «La tiranía es un bello epitafio». Pero consuélate, el epitafio de tu pobre Camilo es más glorioso: es el de los Brutos y el de Catón. ¡Oh mi amada Lucila! Yo había nacido para hacer versos, para defender á los desgraciados, para hacerte dichosa y para componer con tu madre, mi padre y algunas otras personas, según nuestro corazón, un Otaiti. Yo había soñado una

república en que todo el mundo hubiese adorado; no podía creer que los hombres fuesen tan feroces y tan injustos. No se me oculta que muero víctima de mi amistad con Danton. Doy gracias á mis asesinos por hacerme morir con él y con Philippeaux. Perdóname, amada mía, mi verdadera vida, vida que yo he perdido en el momento que nos han separado. Me ocupo de mi memoria, y debía más bien ocuparme en hacértela olvidar, Lucila mía. Te suplico que no me llames á gritos, porque éstos despedazarían mi corazón hasta en el sepulcro. Vive para nuestro hijo; háblale de mí, y dile lo que aún no puede entender: ¡dile que yo le hubiera amado mucho! A pesar de mi suplicio, creo que hay un Dios. Mi sangre borraré mis faltas, las debilidades de la humanidad; y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor por la libertad, Dios me lo recompensará. Volveré á verte algún día, Lucila. Sensible como yo lo era, la muerte que me liberta de la vista de tantos crímenes no es una gran desgracia. ¡Adios, vida mía, alma mía, mi única divinidad sobre la tierra! ¡Adios, Lucila, Lucila mía, amada Lucila mía! ¡Adios, Horacio, Anita, Adela! ¡Adios, padre mío! Las playas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡Todavía veo á Lucila! ¡Sí, te veo, amada mía! ¡Lucila mía! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aún en tí sus moribundos ojos, próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

X

Danton, tranquilo por el interés que el pueblo le demostraba, parecía ménos un acusado que un faccioso que da á la multitud la señal de la insurrección. Las ventanas del tribunal estaban abiertas. Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oía fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo,—dijo Danton al público que murmuraba alrededor,—callad; me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oír sólo de vosotros, sino de toda Francia.» La campana de la insurrección parecía sonar en su pecho, su ademán aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio. La campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?» —le dijo éste al fin. «Presidente,—le respondió Danton,—la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenían las sesiones, muchos miembros de los comités asistían sin ser vistos á la representación de aquel drama. Hermann y Fouquier-Tinville parecían desconcertados. El público se volvía en favor de Danton; éste lo conocía y redoblaba su insolencia. Los miembros del comité hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulin, que se había levantado para leer la defensa que tenía preparada. Indignado Camilo, se sentó, y rompiendo el escrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto, como si lo hubiese pensado mejor, los recogió, y haciéndolos bolitas con los dedos, las fué tirando á la cabeza á Fouquier-Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no, como se ha creído hasta ahora, por un juego